



14 de junio de 1874

Estudiar el santo Evangelio

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Comenzamos una larga temporada del año que no tiene fiestas especiales. Ciertamente nos encontraremos con las fiestas de la Santísima Virgen y de los santos, pero ninguna gran fiesta de nuestro Señor. A través de los Evangelios dominicales, la Iglesia nos invita a seguir la vida pública de nuestro Señor y escuchar las enseñanzas que dio a los hombres durante los tres años de su ministerio. Por tanto, esta parte del año debe considerarse como especialmente dedicada al estudio del Santo Evangelio.

Efectivamente, estudiamos el Evangelio, cuando seguimos los distintos misterios de nuestro Señor: la Encarnación, el Nacimiento, la Pasión, y finalmente la Resurrección y los demás misterios gloriosos que acabamos de celebrar. Pero, en los Evangelios de los domingos siguientes a Pentecostés, la Iglesia pone ante nuestros ojos una serie de parábolas que son como tantas otras enseñanzas evangélicas, y así captar el espíritu del Evangelio. Es muy importante entrar en ellas porque, veréis, hermanas, podéis estudiar durante toda la vida, un montón de hechos piadosos y aun así no tener el espíritu del Evangelio. Lo más importante, por tanto, es impregnarse de una forma de juzgar, de hacer, de sentir, de querer, conforme con nuestro Señor Jesucristo y que tenga relación con lo que hizo, lo que sintió y lo que quiso durante su vida mortal, o con lo que sería, haría, sentiría o querría, si estuviera en nuestro lugar.

Esto es lo que yo llamo adquirir el espíritu Evangélico, es decir, que el Evangelio se convierta en la regla y la ley de nuestros juicios, nuestros pensamientos y sentimientos hacia Dios, las criaturas, nuestras hermanas, los niños, frente a los sufrimientos, a las humillaciones, a la obediencia, cara a nuestros empleos y a los diversos acontecimientos de esta vida, que debemos juzgar siempre a la luz del Evangelio, preguntándonos qué haría o diría nuestro Señor en nuestro lugar.

Me diréis: "¡Esto es la perfección!", pero nosotras tendemos a alcanzar la perfección, y os recomiendo por encima de todo el estudio práctico del Evangelio, pero nos encontramos muchas ilusiones sobre esto. Tenemos muchas ideas sobre la perfección. San Francisco de Sales dice que la perfección es una estatua de un ídolo como la que Mical puso en la cama de David¹. En efecto, cada una tiene su idea sobre perfección y la busca a su manera. No nos damos cuenta. Sin embargo, esto es obvio para los otros, y los que viven con nosotros comentan: "¡Qué pena que tenga esa idea sobre su perfección! Si la buscamos de verdad,

¹ 1 S 19, 13.

dejemos que el santo Evangelio nos empape del espíritu de nuestro Señor Jesucristo. Para ello debemos realizar dos estudios. Examina primero lo poco que hay del yo en todo lo que viene del Evangelio, y piensa en el grado de desprendimiento de uno mismo bajo todas las formas, en todos los tiempos que el espíritu del Evangelio exige: desprendimiento de uno mismo de su amor propio, en su voluntad propia. Desprendimiento de las propias formas de ver, de los propios juicios. Desprendimiento en lo que uno cree que es correcto.

A menudo nos planteamos por la cuestión de la justicia; pero solo deberíamos verla en relación con los otros. Si la evocamos para reclamar algo para nosotros, es un despropósito. Esto no es lo que nuestro Señor nos enseñó a pedir. En ninguna parte del Evangelio se ve que tengamos que pedir ser tratados con justicia. Por el contrario, nuestro Señor nos dice: "*Cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: no somos más que unos pobres criados, hemos hecho lo que teníamos que hacer*"².

La segunda cosa que debemos estudiar en el Evangelio con respecto a nosotros es el grado de adoración a Dios, de pureza de intención hacia Dios, para que todas las cosas que hacemos estén relacionadas con esta adoración en espíritu y en verdad. Nuestro Señor vino a la tierra", dice un santo, "para derribar todos los ídolos que el corazón del hombre se había creado y para destruir todos nuestros errores. Como él mismo dijo a la mujer samaritana: He venido a abolir todo lo externo y carnal, y a preparar para mi Padre *adoradores en espíritu y en verdad*"³.

Esta adoración en espíritu y en verdad puede ejercerse en todas las cosas que te acabo de hablar. De la perfecta sumisión a la voluntad de Dios, de la adoración total a la voluntad de Dios es de donde salen todas las cosas buenas. Por lo tanto, el espíritu de adoración permite que aceptemos todas las situaciones que sobrevienen en la vida y podamos aprovecharlas. Con respecto a todas las disposiciones de la Providencia hacia nosotros decimos: *Gloria a Dios en las alturas*⁴, para alabar a Dios, glorificarlo, amarlo, bendecirlo y hacer nuestros todos los sentimientos de este himno angelical.

La pureza de intención nos hace ver a Dios como el fin supremo de nuestra vida, y que relacionemos todas nuestras acciones con Él para adorarle, glorificarle y servirle. Entonces queda ya poco espacio para nuestras satisfacciones personales, para detenernos en esto o aquello: solo tenemos en cuenta a Dios. Todos nuestros problemas, todas nuestras penas, todas nuestras dificultades vienen del hecho de que yo, como vosotras y todos, en cuanto que somos, relacionamos cualquier cosa con nosotros mismos, y nos sentimos apenados porque algo está mal en nosotros.

Me diréis: "¡Pero Dios no nos pide no sentir esos diversos movimientos de la naturaleza! Es cierto, pero quiere que, con un gran amor a nuestro Señor y con un espíritu de adoración, generosidad y abnegación, seamos capaces de referir todo a él, hasta el punto de sacrificar

² Lc 17:10.

³ Jn 4:23.

⁴ Gloria in excelsis. Lc 2, 14

nuestras propias vidas por él, es decir, lo que más apreciamos, al igual que Abraham estaba dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac en el Monte Moriah⁵ 149.

Si se estudiara el Evangelio de esta manera, produciría en el alma grandes frutos interiores, profundos, santos, purificaría el alma, la simplificaría, disponiéndola para alabar a Dios, adorarlo, bendecirlo. Y Dios debe encontrar almas en la tierra que siempre digan: *¡Gloria a Dios, te alabamos, oh, Dios, te bendecimos, ¡te damos gracias!* ya que hay muchos otros que dicen: "¿Por qué las cosas son así? Si fueran de otra manera... si pudiera ser así...", y miles de objeciones que escuchamos e incluso expresamos a veces.

Como hijas de la Asunción, volvamos a ese hermoso *Gloria a Dios*. Seamos almas de *buena voluntad* a las que Dios promete *su paz en la tierra*, almas que convierten todo en alabanza, amor, adoración, acción de gracias.

Lo que nos separa de Dios no son los años, sino nuestras imperfecciones; porque si dejamos este mundo con imperfecciones, ¿cuántos años estaremos sin ver a Dios? En el purgatorio no estaremos mejor que en la tierra, incluso mucho peor, dicen los santos. Si, por el contrario, estamos unidos a Dios aquí por el amor y la voluntad, si ya somos ángeles adoradores en este mundo, aunque nuestra vida dure un poco más, seguramente nos llevará al trono de Dios para adorarlo, amarlo y bendecirlo, para estar unidos a él y hacer su voluntad para siempre.

⁵ Gen 22.